

ALONSO ZAMORA VICENTE, CATEDRÁTICO DE FILOLOXÍA ROMÁNICA E ACADÉMICO DA LINGUA

ALUMNOS DE FILOLOXÍA ROMÁNICA

Esta entrevista tivo lugar o día 5 de febreiro de 1999. O grupo de alumnos formado por Mercedes Álvarez Castro, Javier Cuesta Gordillo, Alicia de la Torre Tena, Santiago Morales, Ricardo Pérez Iraola, acompañados polas profesoras Ana Acuña e Carmen Mejía, desprazouse á casa do profesor Zamora Vicente próxima á vila de Algete.

Alí tivémo-lo gusto e o privilexio de poder conversar con Don Alonso Zamora Vicente como se se tratase dunha cordial reunión de amigos. O noso propósito era coñecer mellor a vida e a obra, tanto filolóxica como literaria dun dos grandes mestres da Filoloxía Románica.

O obxectivo conseguíuse, pero no que coincidimos tódolos compañeiros que formabámo-lo grupo de entrevistadores foi que estabamos perante unha persoa cunha enorme experiencia vital, cunha vitalidade envexable, sobre todo unha persoa con ganas de continuar traballando no campo da filoloxía e con paixón pola lectura, a escritura e por tódalas cousas da vida.

Madrygal—**Que recorda dos seus tempos de estudante?**

Alonso Zamora Vicente—Yo he vivido una España en perpetua transformación, de forma que la España que yo encontré en la Universidad no se parecía nada en absoluto a la que había en el Bachillerato, y a lo largo del Bachillerato conocí otras tres o cuatro.

Creo que debo de ser de las personas que más planes de estudios han soportado, pienso que, mientras no se demuestre lo contrario, todo español que pasa por ahí, por la calle, lleva escondido bajo el brazo un plan de estudios.

Mi primera enseñanza fue, como la de toda la pequeña burguesía madrileña, en colegios no religiosos sino privados, donde había una enseñanza

religiosa muy pequeña y lateral, que se hacía en la parroquia, pero solamente el que quería.

Con Primo de Rivera había una especie de lo que se ha llamado con Franco «las marías». ¿Habéis oído hablar de eso, verdad? La religión, el dibujo, la gimnasia y la caligrafía.

La caligrafía era mi tortura, de joven nunca supe hacer una d mayúscula, ya lo he escrito por ahí y además con éxito para mí. En mi examen de ingreso en bachillerato la letra inicial D no existía, era incapaz de hacer una d mayúscula. Cuando tenía que hacer la sombrilla aquélla por delante me salía un churro... Y yo le pedí a Dios que no saliera una d mayúscula porque me esperaba la ruina, el espanto, el hambre, la golfería, todo lo malo. Empiezan a dictar: *Dichosa edad y siglos dichosos...* Me debí de quedar pálido y entonces ¿sabes lo que puse? *Ichosa edad y siglos dichosos.* ¡Claro que no llevaba ni una sola falta de ortografía!. Si había tres faltas de ortografía no se aprobaba.

En aquel colegio que era bastante tradicional porque todo era tradicional entonces. ¡Las costumbres!. Ya era yo catedrático de instituto y no te puedes figurar lo que me costó convencer a mi padre de que no se podía cenar en casa a las nueve, que había que esperar a las diez, que no se podía llegar en Madrid a esa hora. Porque a las nueve se sentaba a la mesa y el que no estaba no cenaba y, además, esperaba a que dieran las campanadas en el reloj del comedor con una solemnidad... ¡Como si fuese a llegar la banda municipal!.

M.—**¿Cómo era o ensino naquela época?**

AZV.—Era un colegio al que llegó un vuelo, un soplo, un influjo institucionista. Es decir, de la renovación de la enseñanza más seria que ha habido en el país, yo no me atrevo a decir que fuese la mejor, pero sí la más profunda y la más pensada y la que tenía menos telarañas. Además, pensaba en

cosas que yo aún echo de menos: esto de las excursiones. A mí me parece una monstruosidad que preguntes a los alumnos de Arte de la Facultad y que no hayan ido a ver Nuevo Baztán.

Entonces todos nosotros íbamos a ver Nuevo Baztán y más cosas. Y se andaba viendo los pueblos del Somontano y cuando se hablaba de una comida sabías que la mesta había pasado por allí. Es decir, vivías tu condición de español.

Eso, en la vida de la enseñanza se notó en que había siempre unas clases de lectura en alta voz. En la clase de la mañana leíamos. Había dos veces, según el maestro, que ponía un *Quijote* para niños que era el colmo del aburrimiento, de la estulticia. Y, además, se leía un librito que era una traducción del mundo de Amicis el *Corazón*. Era un libro romántico, ¡claro, como la literatura de Amicis!, pero de un romanticismo patriotero porque coincide con la construcción de la unidad italiana, de la monarquía italiana. Aprendías lo que pasó en la batalla de Solferino y sabías dónde estaba Mantua y Módena, pero luego no sabías dónde estaba Chinchón, dónde estaba Salamanca.

Pues, un buen día, llegó un nuevo aire. Se acabó de leer aquello y empezamos a leer *Platero y yo*. ¡El cambio fue enorme! porque haber dejado a Garibaldi y a toda aquella gente por un borrico de la marisma almonteña, pues.... La vida está hecha así, con cosas de ésas.

Leímos el *Platero*, tal y como leímos el *Platero*, yo creo que debe de ser del año 18 o así, porque tuvo aumentos; eso se registra en cualquier edición buena. Quizá el año 16 está ya entero, como ha llegado a nosotros.

Después vino el bachiller con muchos cambios. El más importante fue el de Primo de Rivera. Hizo por primera vez en España un bachiller de Título Universitario que era la vuelta a la vieja construcción del bachillerato de la universidad antigua. Se hacían Letras y Ciencias. Se estudiaban tres años iguales y se salía con bachiller elemental o una reválida. Luego había un cuarto año en común donde se estudiaba álgebra y trigonometría para los científicos, y física y química. También se estudiaba Historia de la cultura y de la civilización.

Primo de Rivera ideó una cosa que llamó los Textos Únicos e hizo un gran concurso nacional. Se premiaba el texto de esa asignatura, y los chicos estudiaban ése forzosamente, y el Estado lo editaba por su cuenta. Por eso podían costar muy poco. Pero se editaban feos. Ya, entonces, se podían

hacer fotos muy bonitas y buenas, ¡claro que ya se hacían!. Me acuerdo de aquellos libros alemanes, franceses con las reproducciones de los museos tan espléndidas; en cambio los manuales españoles en tiempo de los Textos Únicos eran unas estampas grises, apagadas, parecían de periódico.

M.-A suya entrada na Universidade

AZV.-En la Universidad yo he tenido una suerte extraordinaria. La transformación de la enseñanza en España nace con la creación de la Junta para Ampliación de Estudios, calcula 1904-1906. Y de ahí y con ministros conservadores se ideó la necesidad de que la universidad fuese autónoma de verdad. Eso empezó a ponerse en marcha precisamente con la llegada de la República, pero no tiene que ver nada con eso, es una coincidencia, viene de antes. Pero esa coincidencia las gentes que llegaron después no han sabido verla.

M.-Filosofía y Letras

AZV.-Sí, pero sección de Filología Románica. Podías hacer Románicas con una lengua románica como base fundamental. Ya funcionaba el francés y una base de español que era lo que buscabas: la literatura. Con este plan fuimos muy pocos. Cuando yo terminé acabamos dos, y por eso nos casamos.

No existía entonces esta angustia de encontrar un trabajo, qué hago con el título, porque la universidad seguía siendo una cosa, como ahora dicen, elitista.

M.-¿Por que Filoloxía?

AZV.-Sencillamente porque me gustaba. A mí no me ha gustado seriamente nada, nada más que leer —he sido mal estudiante, pero un gran lector— y ser maquinista de trenes. Yo habría sido feliz conduciendo una locomotora eléctrica. El mayor de mis hermanos, que murió en la guerra, estaba haciendo sus prácticas de ingeniería industrial en las locomotoras eléctricas que había entre Alsasua y la frontera de Irún. Vosotros véis ahora mucho tren electrificado ¡pero el humo que yo he tragado!...

Fui con él (mi hermano) haciendo la *navette* desde Irún hasta Alsasua, ¡yo no sé cuantas veces!; y en los primeros trenes de cercanías que han llegado hasta allá, —«El chispa», lo llamaban por San

Sebastián—, ¡aquello me volvía loco!... Tengo un tren eléctrico pequeño...

En esa Facultad en la cual tuve la suerte de estar con esos profesores. Si yo hubiera escogido a mis profesores, no los podría haber escogido mejor. Era una Facultad donde estaba todavía Don Ramón. Pensar que ibas a una clase, que tenías a Don Ramón ¡es que se te encogía la barriga!. No sabías si había que ir, si no había que ir..., qué hacer: si saludarle o si no saludarle. ¡Era una cosa tremenda!

Don Ramón era un hombre pequeñito, con una cabeza más bien grande, una gran nobleza al andar, con aquella cosa de la cortesía de las clases cultivadas de fines del diecinueve.

Don Ramón estaba, incluso con sus colaboradores más inmediatos, casi apartado. Hacían cursos de una cosa concreta que era difícil a veces seguir pero fácil si te dedicabas a trabajar en eso. ¡Ahora dedicarte a eso...! Suponía abandonar todas las demás cosas, porque perdías todo el día en la Biblioteca Nacional, o en la biblioteca del Consejo, o en algún archivo privado, en fin, donde fuera. Exigía, además, una preparación instrumental que no solías tener. Por ejemplo paleografía, tenías que ir a tus cursos de paleografía para adquirirla, pero ya quedabas fuera del compás.

En aquellas Juntas que hacía la Facultad para remediar esos fallos, esas pequeñas disidencias, inventaron cursos de tipo general para los alumnos que lo necesitaran, ¡preciosos cursos!. Los cursos de literatura los explicaban Don Américo, Montesinos. Morales también explicaba alguno.

Estudiamos el héroe picaresco, la estructura del teatro, el ciclo de Calderón, las novelas pastoriles. Además la Facultad editaba un folletito que era un verdadero libro y, por ejemplo, en el mes de junio ya estaba libre. En ese folleto, venían los cursos que iba a haber al año siguiente, la hora, la materia, el lugar, el profesor y todo, y te hacías tu plan de trabajo, tus horas, tu matrícula según los cursos y el dinero que tuvieras, de forma que eras coautor único de tu propio trabajo.

Podías asistir a muchos cursos porque sabías que el profesor no te iba a pedir la matrícula. En fin, con aquello tenías en la Facultad una cosa de confianza, de bienestar extraordinaria. También había cosas laterales que no hacían falta, a las que podías ir si lograbas hacerte el hueco en la hora. Una de las cosas que idearon, que yo no sé cómo estará eso ahora, supongo que algo hay, era lo que

se llamaba el Certificado de Cursos Pedagógicos. Y eso lo hacían a la limón entre un filósofo o un sociólogo y un literato que, normalmente, eran Montesinos por la literatura y Gaos por el mundo del pensamiento. ¡Era muy bonito!. Yo los hice y jamás pagué la matrícula; pensé pagarla después porque si no no te daban el certificado, pero no lo necesité.

M.—Os seus mestres

AZV.—En aquella Facultad a la primera hora de la mañana teníamos el curso con Tomás Navarro. Tomás Navarro fue el inventor de la fonética y de la geografía lingüística más seria que se ha hecho de los Pirineos para abajo.

¡Claro, ahora salen muchos nombres!. Luego los cursos de Montesinos, que era un profesor muy raro, con el que todos estábamos encantados. Se ponía a hablar de la cosa puramente literaria con un coeficiente de lectura abrumador. Aprendías oyéndole lo que no habías pensado nunca aprender, porque muchas veces veías pasar un mes entero y no hablaba de lo que tenía que hablar sino de cosas que venían. ¡Era precioso!

A la fuerza salías muy amigos de ellos. Yo he sido amigo de mis viejos maestros hasta que han ido muriendo. En algunos casos, con Don Américo, teníamos una amistad profunda por muchas geografías después de que él se marchó. A Don Tomás Navarro volví yo a verle. Me despedí de Don Tomás en Madrid el día que cayeron los cañonazos de Franco sobre la ciudad, —el 7 de noviembre del año 36—. Nos despedimos en la puerta del Centro porque ellos tomaban unos autobuses que salían de allí. Se los llevaban a Valencia como huídos de guerra. Se llevó muchas de las cosas que tenía de su trabajo. Pero luego yo fui a parar movilizado a Cataluña y entonces nos vimos muchas veces en Barcelona y alguna vez hasta anduvimos un buen trozo juntos y estuvimos juntos en el Liceo.

Las clases de literatura, como os dije ya, con Don Américo, Montesinos y Salinas. Las clases de Salinas eran muy buenas, muy sistemáticas, muy originales pero eran peligrosas porque eran de producción literaria muy fresca, muy reciente, difícil aún de catalogar; y él tenía la manera de catalogar. Ese disparate de «Generación del 98» que corre por ahí es de Salinas. Salinas cuando empezó a hablar de «Generación del 98» en el sentido que



había hablado Azorín, fue cuando se volcó sobre la universidad europea el método histórico de las generaciones, que venía de Pinder que lo aplicó a las artes plásticas y de Petersen. Los buenos textos de Petersen se publicaron en 1938, es decir, cuando a Madrid o a España no podía llegar nada de fuera. En el año 35 Salinas estudió despacio el primer artículo sobre las generaciones que hizo Petersen y publicó un artículo aplicado al 98 en la *Revista de Occidente*. Claro, Azorín cuando leyese aquello, porque se encargó Salinas de mandárselo, vería el cielo abierto: «soy un profeta!».

Pero no se pudo continuar en esa línea ni para ensancharlo, ni para corregirlo, ni para aumentarlo porque la guerra acabó con todo.

M.-¿Como vivió a Guerra Civil e como influíu na súa vida?

AZV.-Lo pasé muy mal. A mí la Guerra me cogió en Madrid, estudiando alemán.. Me tenía preparado Don Américo un puesto de lector, no sé si era en Frankfurt... No me acuerdo.

En aquellos tiempos, la Dirección General de Relaciones Culturales, era estrictamente una habitación de la torre sudoeste del Ministerio de Exteriores. Nada más. Teníamos prestigio, se nos tomaba en serio y aquello funcionaba estupendamente. El director general era el Marqués de Auñón.

Me iban a mandar, creo que era a Frankfurt, que a mí no me gustaba, porque era una ciudad con mucho barullo, grande. Me hubiera gustado una de esas ciudades del tipo Heidelberg, ciudades pequeñas... A Hannover iban médicos en aquel tiempo mío, nosotros nos quedábamos en la Renania. El lectorado lo podía haber en muchísimos sitios. En Inglaterra había muy pocos, Dámaso fue lector en Cambridge, en Londres fue lector muchísimos años Enrique Moreno, Carlos Clavería fue lector en Estocolmo y en Upsala. Luego se empezó a ir a Estados Unidos. Hacia el año 30 viene mucho norteamericano a Madrid a hacer tesis.

La Guerra nuestra le da un hachazo tremendo a todo, un montón de proyectos, de esperanzas, se hicieron polvo en una noche. En la guerra yo estu-

ve movilizado muy pronto. Soy de la quinta del 36, Camilo dice: «la bien zurrada quinta del 36». Y Camilo ha dicho también en alguna ocasión que los que perdimos la guerra fuimos nosotros. Nada, no la ganó nadie y solamente la perdimos nosotros, porque todo un mundo de ilusiones y de proyectos...

¡Bueno, no aprendí yo cosas en la guerra!. ¡A mí que no me venga nadie ya a decir que traducir a Tito Livio es un heroísmo!. Levantar un camión con un gato así, a pulso, eso sí que es un heroísmo. Sin haberte entendido jamás ni con el camión ni con el gato. Me incorporé a filas en plena batalla de Brunete, me mandaron a Valdelatas. En el primer mes muchos días venía a dormir, luego había que madrugar una barbaridad: para ir desde mi casa (Puerta de Moros), iba en el metro hasta Cuatro Caminos, donde se podía coger el tranvía que iba a Fuencarral, el tranvía blanco, «de vapor» que decíamos, era eléctrico. Me encargaron de una oficina, que estaba totalmente desmantelada, la había llevado un oficial que era sordito, Salgado se llamaba. ¡Me he acordado de repente!. Se lo puse en orden y estuve con él hasta que me llevaron a Cataluña, al frente de Aragón, llegué al frente de Huesca. A los 4 ó 5 días de llegar allí, los blancos iniciaron la gran ofensiva para bajar a Cataluña. Y claro, desde entonces comencé a huir y aún no he parado. Huímos y nos paramos en Igualada.

M.—Os seus recordos como profesor

AZV.—Ya lo sabéis vosotros, no se ha cambiado mucho, sólo sobre el papel. Yo entré por Santiago. En Santiago inventé una cosa que en España se había olvidado: unos cursos de extranjeros, igual que se hacían en la Junta de Ampliación de Estudios. Nadie los conocía.

Ya había trabajado enseñando como profesor de clases prácticas. Como Don Américo decía: «que no confundan el *Poema del Mio Cid* con una gramínea. Y eso basta». Los hice y, además, con el espíritu y la corteza de los de la Junta. Fue bonito aquello, pero claro me salió la guerra muy pronto.

M.—O seu labor filolóxico en Galicia

AZV.—Cuando llegué a Galicia quedaban algunas personas estudiosas. Galicia tuvo un resurgir local en los años de la República. Había unas cuantas personas universitarias que aguantaron

allí. Estuvieron mucho tiempo arrinconados. Ramón Otero Pedrayo fue catedrático de Universidad hasta anteayer, Casimiro Torres, pues igual, y Fraguas, el geógrafo. Estaba también Fermín Bouza, Carré Alvarellos. Gentes que habían trabajado en aquel *Seminario de Estudios Gallegos*. Hicieron dos campañas grandes, colectivas, donde la filología cojeaba mucho, pero en cosas de folklore, de arqueología y de historia estaba a la altura de Madrid. También colaboraban gentes que trabajaban en Madrid y que no eran gallegos. No existía esta cosa feísima de ahora, esa separación total entre autonomías. Hicieron trabajos estimables. Lo último que hicieron, que se quedó cortado por la guerra, fue la versión y edición del *Codex Calixtinus*, que hizo un señor Hill, norteamericano. Se tradujo cuando se puso de nuevo en marcha con la estructura franquista, y el Consejo se incautó de todo aquello. Aquello funcionaba muy bien pero en el campo de la lingüística y de la oralidad no se hacía nada.

Yo empecé a estudiar gallego porque además me distraía, primero no se sabía nada concreto. No existía más que algún trabajo bueno muy local hecho por alemanes, un señor Ebeling, del núcleo de Hamburgo y un señor Schneider que estudió la Limia. Algunos trabajos aislados de Krüger, y luego palabrería más o menos inútil.

Tuve en Santiago un gran amigo, al que recordaré toda mi vida con verdadero cariño, que era catedrático de microbiología, un médico eminentísimo, que era más o menos de mi edad, tendría tres años más que yo, Ulpiano Villanueva. Cada vez que le llamaban de algún sitio —siempre iba cuando el enfermo estaba más en tratos con el sepulturero que con el médico— me iba con él. He recorrido toda Galicia con él, y me quedé un verano entero además en Galicia, cuando los cursos.

Hice una red quizá el doble de tupida que la del Atlas Lingüístico General de Navarro Tomás. Y estudié tres o cuatro fenómenos, nada más: el sufijo -ANUS, la geadá, el seseo. La geadá es el más importante. A mí no me quita nadie de la cabeza que el límite de la geadá actual es todavía el límite de dos conventos romanos y el límite de las diócesis de Braganza y Astorga. Los romanos sabían colonizar muy bien. No eran británicos, respetaban las comunidades indígenas muy bien. Que una línea sin accidentes geográficos siga siendo la misma después de los siglos, eso no lo explica Chomsky, es una cosa de matiz histórico que tiene

que ver con la gente que lo habla. Cuando yo vi aquello me quedé maravilladísimo. ¡Me sentí obispo de Braganza!...

Todos estos trabajos, los cuatro o cinco que hice yo de gallego, se publicaron fuera de España. Durante años publiqué fuera de España, por muchas razones. Después los gallegos de ahora hicieron un tomito, un anejo de *Verba* donde los recogieron con unos leves arreglos para no repetir. Alguna de las tonterías que se dicen de Valle Inclán se explican por estos pequeños trabajillos con toda claridad.

Lo pasé bien en Santiago. Todo estaba metido en la vieja Universidad del XIX. Yo vivía en la Residencia. Era una isla, en cuanto llovía un poquito más de lo corriente, no podía salir. Había una camionetita que iba de la Residencia a la Universidad. Pasaba rodeando todo el bosquecillo de la Alameda, la Herradura, por el lado que da a la ciudad. Dos filas de árboles, pero estrechísimo. Con aquel barrizal a veces cerraba los ojos hasta que se llegaba a tierra firme.

Son muy noveleros los gallegos, y apasionados en sus sentimientos. Por ahí hay cosas, cosas bonitas que son regalos de aquella boda que no se hizo. Volví a Salamanca y pusimos casa. En Salamanca, hay que decirlo todo, había una gran personalidad de antes de la guerra. Era como el segundo en la fila: después de Claudio Sánchez Albornoz venía Don José María Ramos Loscertales, eminente historiador del derecho, hombre de una gran bibliografía, que podía tener un lugar importantísimo en la investigación española.

Allí estaba Tovar. Tovar era un hombre estupendo intelectualmente. Cuando llegó el momento para mí no hubo ninguna duda de su entrada en la Academia. Su trabajo era muy importante, bien hecho y hasta con generosidad. A última hora se dio cuenta de que el totalitarismo no iba a ningún sitio. Tardó mucho, pero... en cambio ha habido otros que... Tovar, en cambio, era un hombre honesto y magnífico. Tuvimos muchas diferencias políticas, pero sabíamos perfectamente los dos que no pasaban a más.

M.—O seu papel na Real Academia

AZV.—La gente se mata por ir a la Academia, yo no hice nada. Soy el último en la Academia que entró porque Don Ramón dijo: «Ahora le toca a Alonso Zamora». Lo dijo Don Ramón y así fue.

Fíjate lo que era la inmensa autoridad de Don Ramón. Al año escaso de su muerte no se acuerda nadie de nada. Don Ramón los últimos años de su vida no paró de trabajar nunca, hasta que le dió el arrechucho. Todavía el día que le dio había estado trabajando en la Comisión de Diccionarios. Cuando llegó a casa a la hora de cenar se sintió mal, mal... «que me mareo, que me caigo»; y ya no salió del mareo. A mi ingreso ya no vino, ya no pudo. Iba a verle con cierta frecuencia. ¡Quizá hemos ido poco a verle!... Por Don Ramón había un respeto inmenso.

No sabía dónde estaba. Hablaba de San Rafael, el pueblecito de Segovia de la bajada de Guadarrama, donde tenía una finca preciosa de tiempos de la Institución. Trabajaba en una mesita pequeña en medio del jardín, con una especie de sombrilla sujeta en una esquina, que llamaba el pirulí. Era graciosísimo, en cuanto lo abría, tenía unos flecos. Sería una sombrilla de 1880.

Bueno, pues estaba empeñado en que había dos San Rafaeles, uno en S. Rafael y otro en Chamaritín, y que tenía que ir a uno y volver al otro, y no sé qué... Un buen día, poco antes de la lectura de mi discurso, lo que nunca habíamos podido pensar en Don Ramón. Casi todo el mundo estaba encima, porque se corrió la voz por la casa. Yo le hablé de lo que estaba haciendo y lo que encontraba. Total, hablamos de las viejas zarzuelas, y Don Ramón se pone a cantar. Los dos cantamos y entre copla y copla San Rafael. Pero una cantidad enorme. Estaba allí Luis su sobrino, que es arquitecto, estaba maravillado. Yo le decía si no tenía una grabadora, o que tomara apuntes o algo. Fue algo explicable: todo eso era lo que Don Ramón veía cuando tenía 18 años todos los días, el famoso teatro por horas, que había en Madrid y al que irían todos los días, porque no había otra cosa, ni radio, ni televisión, ni cine. El teatro por horas eran unos cuplés. Él recordaba hasta el nombre de las cupletistas. ¡De qué zona de su cerebro saldrían!. Porque normalmente se dejaba cortar un brazo antes que cantar. Fue emocionante a más no poder.

Cuando le hicimos el primer homenaje en la Academia yo lo recordé, lo cuento muy por encima. Doña Jimena llorando... Sí, Don Ramón cantaba, y era feliz cantando.

Don Ramón llevaba la Academia con mucha seriedad. Ha pasado en la Academia los momentos más serios, más graves de la historia de la Academia. Sobre todo el momento de la seudodepura-



ción franquista. Esto no lo sabe la gente, pero el gobierno franquista expulsó a seis académicos.

Don Ramón fue destituido y se evitó la forma violenta de la destitución ayudándose la Academia en los plazos que dura la dirección, porque con la Guerra había pasado el tiempo en que podía ser director. Había que nombrar otro. Ese mismo año toma posesión Pemán, el año 40. En el verano del 40 Pemán da una conferencia en un cursito de lecciones que había en la Academia de Jurisprudencia. Pemán hablaba caudalosamente, a torrentes, lleno de imágenes brillantes, ¡era una cosa!... Después ha sido el mejor articulista de periódico que hemos tenido. Le ha costado 40 años de trabajo.

En esa conferencia dijo algo que molestó a alguien que estaba en la primera fila. Ese alguien era Miguel Primo de Rivera, que fue gobernador de Madrid, y que parece que no discurría mucho. Yo nunca le vi de cerca, no sé. Alguien, porque él no se enteró, a su lado le pinchó: «Se está metiendo con José Antonio».

El otro no se paró a pensarlo más. Se fue para su casa, y cuando llegó Pemán a la suya se encontró

con los padrinos que le mandaba este señor para un duelo, como en *El Conde de Montecristo*. Claro, Pemán le pidió a Dios inspiración y Dios no se la dió, igual que *El Tenorio*: «Clamé al cielo y no me oyó». Se arregló por amigos comunes, y todo el mundo se enteró de que estaba arreglado. Todos menos el Ministro de Educación, que era entonces, Don José Ibáñez Martín, y destituyó a Pemán de la dirección académica y de todo cuanto era. La destitución de Pemán fue una campanada.

Nombraron a Don Francisco Rodríguez Marín. Fue un hombre de una gran erudición... Vosotros estáis lejísimos de lo que puede suponer Rodríguez Marín, pero hizo una obra importante, ya lo creo. Recopiló, editó muchas cosas. Fue cervantista oficialmente. Lo cierto es que aún hoy hay que leer el Cervantes de Rodríguez Marín, porque los que han venido después... Hay una serie de cosas del texto de la vida social y cotidiana que se refleja en el *Quijote* o en las *Novelas*, que Rodríguez Marín con un inmenso caudal de lecturas ha logrado desentrañar. Después de él la interpretación de Don Américo...

Se murió oportunamente pronto. Entonces la Academia primero volvió a elegir a Pemán, para satisfacerle de aquella... y Pemán lo primero que hizo, en el primer plazo, fue renunciar y entró de nuevo Don Ramón. Fue un episodio bonito en medio de todo.

Para mí la Academia supuso una especie de sosiego, porque yo estuve excedente hasta que Dámaso se jubiló. Daba clases con los americanos y trabajaba en el Seminario del Diccionario Histórico. Luego, muy pronto, me hicieron secretario.

M.—A creación do Departamento de Filoloxía Románica

AZV.—Hubo que sacarlo de la nada. Yo tenía gente de antes por allí, tenía un ayudante, ¿cómo se llamaba? ¿Florencio! se llamaba. Era un chico que estaba acomplejado en la facultad, porque era hijo de un tranviario y aquello se conoce que le había provocado algún roce con algún colega con vocación de aristócrata o de bombero. Tenía preocupaciones, le gustaba el teatro y conocía aquel grupo «Tábano» (eran estupendos, imitando como locos a los fulanos de la radio, hacían la emisión de un partido y es que te morías de la risa), estuvieron una temporada en la Comedia y él los conocía mucho y trabajaba en algo con ellos.

Después, poco a poco, fui llevando a gente. Los primeros fueron Pedro Peira. Pedro era muy buen chico, el más sensato. Teníamos a Ares que venía de adjunto, trabajaba en cosas portuguesas barrocas. Era un hombre muy raro, nunca participó en el Departamento con nosotros, era un señor con vocación de persona seria. Luego ya vino gente joven de todos lados que has ido tú viendo, Carmen, hasta que yo logré pasarle la dirección a Pedro. Fui dejándole todas las cosas que tenía, hasta el curso de verano de los extranjeros de la Dirección de Culturales. ¿Cuántos años van ya?, cuarenta y tantos ¿no?. Pues ya se lo dejé a Pedro, y mira por donde lo de Pedro se nos estropeó a todos de mala manera. Luego vino Carmen Mejía, Juan Ribera, Eugenia Popeanga.

Teníamos un Departamentito. Nos dió mucho que hacer porque uno de los problemas más graves por los que tuvimos que pasar fue el de la biblioteca. Cada Departamento tenía la suya y en los años en que no había habido Románicas, la asignación a la biblioteca, que era de cierta importancia, se había gastado por las buenas en el Departamento

de Historia de la Lengua. Y aquello ya marcó unas diferencias, unas pequeñas distensiones que no tenían fundamento ninguno, además, hasta el punto de que yo renuncié a una cosa muy importante: las revistas de verdad, europeas, buenas, eran de Románicas, y yo para evitar la fragmentación les dije «¡bueno, pues os las quedáis todas, sabiendo que están ahí!». Parecía que les estabas arrancando tiras del hombro. Entonces es cuando llevé a Conchita, que fue nuestra bibliotecaria antes de que la contratara la Biblioteca General y trabajamos muy bien, con mucha tranquilidad y sosiego.

Intenté traer un joven de Cataluña que se encargara del catalán, y no lo conseguimos, porque el dinero que la Facultad podía dar era muy poco y nos mandaron a la profesora Argilés. Y el gallego, ¿cómo lo teníamos arreglado?. Tenía a alguien de cuando en cuando, porque teníamos muchísimo trato con el Departamento de Constantino y siempre venía alguien de allí.

Llegamos a invitar a Jorge de Sena que estaba en California, uno de los grandes escritores portugueses de ahora. Estuvo en nuestro Seminario dándonos una leccioncita. Jordan también vino, y teníamos al profesor Popovici que era rumano y muy pintoresco. Su mujer era una mujer muy fina ¡y no pintaba mal!, tenía una pintura de un impresionismo rezagado. Luego el vasco con Pilar Muñoa, era una gran mujer. Se incorporó plenamente al Seminario y trabajaba con nosotros muy a gusto, era una señora un poco mayor y teníamos muy bien atendido el vasco.

M.—¿Segue vostede escribindo só ós domingos?

AZV.—No, hija, ahora escribo cuando puedo, pero en realidad he sido siempre un escritor de domingo. Lo que ocurre es que durante mucho tiempo lo normal era que escribiera en domingo y salían en los suplementos de *La Nación*, en Buenos Aires, los domingos. Cuando hablé por primera vez en una reunión que había en Santander de los cursos de verano, aludí a lo de los domingos, pero no se debe tomar al pie de la letra. Sí, los domingos era cuando los cuentos salían a la calle y ahora no, no caben en los suplementos.

Luego comenzaron los libros poco a poco. Algún día me gustaría escribir un largo artículo, daría para un formato de libro, con la historia de mis libros. De todos, porque todos han tenido per-

cances: unos por la censura, otros por las mujeres. Fíjate, cuando publiqué *Mérida*, tenía que pasar por la censura todo, hasta los clásicos, la desaparición de los clásicos de la censura es del año cincuenta quizá ya. Todo tenía que pasar y estaba en los desvanes del Ministerio, allí en la calle Alcalá. Por eso salieron cosas que provocaron disgustos. Entonces cuando había que publicar algo de una persona que tenía un puesto político o algo así se lo daban a uno con más... Era una cosa que molestaba mucho. Cuando salió *Mérida* enseguida fue reseñado en muchos sitios, naturalmente lejos de España, siempre y realmente he sido desterrado de mi país hasta el año sesenta y ahora ya me he hecho a eso.

Cuando publicó Sever Popp, otro de los grandes de la Filología, (era el director real de las cuestiones filológicas de la Europa Oriental en la Europa Occidental, vivía en Bruselas), una obra *La Dialectología*, en francés, de dos tomos y me dedicó ¡todo un capítulo!. ¡Yo no sabía adonde ir con aquello para que la gente lo viera!. Pues el original de mi libro fue robado en la censura en el Ministerio porque iba en el paquete que se iba a llevar alguien con otros cuantos originales, y alguien se lo llevó y pasadas una semana alguien del paquete, yo no, levantó la caza. Se nos prometió una indemnización, yo no vi una perra y hablaban de darme no sé si cuatro mil pesetas, nada, ni un real. Pero bueno, lo importante fue que habían robado aquello porque en el bloque aquel de originales iba una tesis, una monografía sobre don Luis de Requesens, ministro de Felipe II en Flandes. ¡Fíjate qué tiene que ver el pobre *Mérida* con don Luis de Requesens!.

Cuando publiqué el *Smith y Ramírez* estuvo parado mucho tiempo porque el último cuento, el de la Martita en el tren (una señorita que va en tren), eso del suicidio debió de caer en manos de un cura que me habría matado a mí. Y claro, no se suicida es una estructura, tiene que desaparecer. Pero lo bueno es que cuando las señoras de la limpieza barren el vagón: «¡Adónde vamos a llegar? ¡suicidarse delante de los niños!».

Bueno, pues cosas de éstas he tenido muchas, muchas. Cuando publicó mi mujer *El Penal de Ocaña* la prohibieron entera y lo pagamos. Pasados unos meses volvimos a insistir, y entonces la mujer en una página habla de la inoperancia y de los trastornos de las dos ayudas, la de los alemanes por un lado y la de los rusos por otro. Tuvo que tachar lo

de los rusos y dejar lo de los alemanes. Se arregló después, cuando han salido otro tipo de ediciones.

Y bueno muchas más, ¡si yo me pusiera a recordar!. Cuando salió el *Smith y Ramírez* fue recibida en Europa estupendamente, aquí no la entendió nadie. Hubo un crítico español, el más importante entonces, que me dijo, con un gesto de pena, vamos pidiéndole a Dios mi salvación: «¡Hombre, pero, ¿qué te ha hecho el SEPU?!».

Con todos los libros me ha pasado algo así, más o menos divertido, más o menos triste. ¿Qué más da?, pero me he divertido, que es lo importante.

M.-¿Hai algo de autobiográfico nos personajes dos seus contos?

AZV.-¡Todo! todo lo que hay. ¡Ah sí, eso tiene que ir por delante!. En todos los cuentos míos hay una enorme cantidad de simplezas, de contrasentidos. Todo, todo lo he oído decir en serio en esta tierra que pisamos, pero en serio ¿eh?, a mujeres, a profesores, a curas, a un hombre en el tren...

Y eso me ha llevado a decir alguna vez que el pueblo español es uno de los más inteligentes de Europa, pero es también el más maleducado, no se ha hecho nada, nada por dignificarlo. No ha habido una preocupación como la de un alemán, o ese chauvinismo exagerado de los franceses o la hipocresía británica. Nosotros no podemos decir nada más que como cualidad nuestra cosas que se escurren: la palabra, el honor, la honradez aunque sea robando. No se nos ha educado nunca para vivir para la colectividad, para saber que no estamos solos; verbenas, floripondios... El sentido de la dignidad del trabajo... Por ejemplo la gente piensa en las vacaciones y si puede engañar al patrón pues mejor, porque es un patrón y se acabó. Pero, a pesar de eso, somos de una calidad tal como personas...

La literatura española no ha inventado personajes. Don Quijote no es un personaje, es una persona más, con tus problemas y los míos, y que sabe que sus problemas tropiezan con los tuyos y que hay que sacar uno que valga para los dos. Eso no se le ocurre a Tartufo, ni se le ocurre a Hamlet, ni se le ocurre a nadie, pero a Don Quijote sí, y a Sancho también. Y también a cualquiera de los héroes de Lope.

En la vida colectiva la gente se mira con desprecio uno al otro, si tiene un coche peor: «Con ese coche cómo se atreve a venir aquí»; y en su vida ha visto un coche, ni sabe cómo darle la vuelta a un

tornillo, ni cómo nació el coche, cree que ha venido por las nubes como en *Bienvenido Mr. Marshal*.

Pues eso, hay que vivir plenamente, sentirse a gusto viviendo y, claro, hay que regañar con el vecino más de una vez, y ¡qué se le va a hacer!. Eso ya depende de vuestras cualidades personales o de la dureza de vuestras botas para darle un puntapié y que con uno baste. Pero nunca estar de mal humor, ¿para qué? No es el estado normal, luego tienes que volver a alegrarte y volver a perderlo, y así se va tirando.

M.—¿Que películas son as súas favoritas?

AZV.—Ahora hace mucho que no voy al cine. Yo soy hombre de cine, y he ido muchísimo, muchísimo. Además, no íbamos para saber los nombres de los directores, es más, nos costaba aprendernos los nombres de los artistas hasta que no han llegado las grandes figuras, la Greta, por ejemplo. ¡A mí que no me toquen a Greta Garbo!. La Margarita Gautier, aquella que se llama la *Dama de las Camelias*. ¡Es una maravilla!. Cuando me enteré de que tenía más edad de la que yo creía me llevé un gran disgusto. ¡Verla con esa elegancia y esa discreción con que se ha ido, que aparece y se va!, y no esa colección de loros que salen por ahí divorciándose y volviéndose a divorciar, dando gritos y rajándose la falda y luego se la sujetan con un imperdible.

Íbamos al cine constantemente desde el principio, cuando era todavía por episodios. A mí me dejaron ir solo al cine por vez primera cuando abrieron el cine «San Miguel» que costaba tres reales la butaca, y tres reales una vez a la semana te lo aguantaban. Pero, sobre todo, porque como era muy poca gente la que se gastaba tres reales... ¡no iba a ser un cine de esos de golfos!

Había en la espalda de las butacas, en la divisoria de los dos asientos unos cachivachitos metálicos, de unos veinte centímetros de largo, que era una cajita y echabas una perra gorda y podías abrirla. Y había una cajitina de caramelos o pastillas de café con leche o pirulíes. Pero si salía una pastilla de jabón ¿qué hacías con ella?, o un tubito de pasta de dientes. ¡No te los ibas a comer!

Ibas muy ufano y esperabas a que estuviera ya la fila medio llena para que vieran cómo sacabas tu perra gorda. Y luego, el respaldo aquél que se abatía, se empleaba como percha y colgabas allí la gabardina. Si llegaba al suelo enseguida te pasabas las horas pisoteándola y al llegar a casa sabías los gritos que tenías que oír.

El cine de «San Miguel» era muy bueno entonces. Luego ya fui mucho al «Monumental» que era mucho más barato, pero más incómodo.

M.—¿Ten algún hobby ou colecciona algo especial?

AZV.—Hubo un tiempo en que coleccionaba cerámica popular, de la cual poseo algunas piezas que ya no se hacen. Creo que tengo de todos los sitios. En Alemania coleccioné los redondeles de cartón con marcas diferentes que se colocan bajo los vasos. Eso se pasa, es una pequeña calentura que te da y de la cual no vuelves a acordarte. En Cáceres poseo miles de postales de cuadros o de monumentos, pero que vinieran por correo, apenas hay compradas, son de las que me han enviado por correo y las recogidas de museos en mis viajes al extranjero. Están guardadas en un bargeño moderno en Cáceres. Entre esas fotografías conservo una coleccioncita de unas treinta fotos importantísimas.

De chiquillo coleccioné billetes de banco extranjeros, cuando el hundimiento de las monedas des-



pués de la guerra del 14. Debía de tener 4 ó 5 años. Daban billetes de banco de muchos miles. Los portugueses también entraban en eso, eso que Valle Inclán recuerda en *Lucas de Bohemia «le llaman el rey de Portugal desde que se ha enterado del valor de la moneda...»*. Sobre todo marcos alemanes, unos billetes grandes de muchos miles, los regalaban en los bares, en todos sitios. ¡Cómo han cambiado los tiempos!. En mis tiempos de muchachuelo, la Navidad cada año nos traía algo nuevo. Entonces existían las tiendas de todo a 0,65, los Reyes te despachaban con eso, ya podías pedir lo que quisieras, que con éstas te despachaban.

También he ido amontonando gran cantidad de sellos, muchísimos, de los que tiene que haber alguna pieza importante antigua, pero la venta es imposible, pues los quieren ordenados... No he hecho nada trascendental; vivir.

M.—A súa nenez

AZV.—Hasta hace no poco no tenía muy claros los puntos de referencia sobre mi vida: un antes y un después. Ahora me llegan los recuerdos continuamente y lo tengo muy claro, con la guerra por un lado y la muerte de mi madre por otro.

Tengo un recuerdo de muy niño, del año 18 o un poco anterior. Pienso en la huelga del 17 o las subsiguientes. Mi padre volvía a casa hacia las 6 de la tarde y solía traerme siempre un mojiçón, un bizcocho puro, redondo y que valían 20 céntimos o un real. Yo le esperaba para merendarme el mojiçón, si por una casualidad no me lo traía, yo me enfadaba mucho y daba patadas...

En la planta baja de mi casa había una panadería, un horno de pan, una tahona. Diferenciamos entre tahona y panadería que la primera tenía el horno y la segunda podía no tenerlo, se vendía aquí el pan hecho en otro lado. Una de esas tardes de plena huelga —hago memoria sobre uno de los pocos recuerdos claros que de mi madre tengo— la recuerdo arrodillada en el suelo en el cuarto donde cosían, delante de un almanaque que tenía un corazón de María. Yo me asomaba al balcón y desde la barandilla vi a un grupo de obreros dando gritos, y los veo cómo iban vestidos: una blusa de dril, de algodón, azul de rayas y un pantalón de pana sucio, con gorras de visera y con grandes palos destrozando todo lo que encontraban en su camino... y asaltaron la panadería. Para mí era un espectáculo ver aquello.

Mi madre me metía hacia dentro, pero yo volvía a salir. Aparecieron los guardias a caballo por la esquina, dieron los toques apresuradamente, en casa decían que no los habían dado, pero yo oí la corneta. El caso es que dispararon y yo vi caer a un hombre del grupo ahí abajo. El primer muerto que he visto en mi vida, me enteré que estaba muerto después. Lo cogieron entre unos cuantos y lo llevaron a la carrera de San Francisco, donde estaba la casa de socorro, pero ya iba muerto. Bueno, pues ese recuerdo cuantas veces he intentado contarle en casa y hacerles ver que eso tiene que ser un trauma de infancia que yo tuve (seguramente los tiros porque a mí las detonaciones me han sentado mal siempre), nunca me hicieron caso. Sin embargo, mi hermana sí, ¡a lo mejor lo hizo para que me callara!...

Después... la República, la recuerdo yo dando gritos en la calle, porque para todos fue como una especie de respiro, de liberación, de satisfacción, que se apagó en seguida, cuando la primera quema de iglesias que fue un mes después, un mes corto. La República fue el 14 de abril y la quema de conventos el 11 de mayo.

Recuerdo que enfrente de la Gran Vía, entre San Bernardo y la salida de la Calle de la Flor e Isabel la Católica, una esquina que tiene un subterráneo con muchas tiendas y un hotel, ahí había una iglesia de jesuitas. Enfrente (toda la manzana de enfrente era un solar donde había estado el viejo mercado de los Mostenses y el viejo monasterio de los Mostenses. Los Mostenses, que son los premostatenses y que las gentes de Madrid decían Mostenses) estaba la gente viendo las llamas el 11 de mayo...

Se torció todo y si hubiera habido esa educación que necesitamos, no habría habido los incendios que no valen para nada más que para destruir, obras de arte en este caso como destruyeron muchas.

M.—Estancias no estranxeiro

AZV.—Estuve en Alemania. De las casas dedicadas a viviendas de profesores, donde yo vivía, en el subterráneo vivía un profesor de lenguas polinesias, yo no le oí nunca la voz. Salía cuadrado, con una carpeta más grande que él, se marchaba y yo no sé cuando volvía. En la entreplanta primera era el piso del profesor Piel, que murió en Portugal. Era un hombre encantador, también creía en el

trabajo, era un hombre muy serio..., era de Aquisgrán, mejor dicho de Tréveris. Piel estaba en Portugal, en Coimbra, yo tenía su casa y vivía conmigo un hijo suyo. En realidad estaba solo, porque el hijo de Piel era joven y se dedicaba a pasear y a perseguir a las muchachas, y yo fregaba los platos.

Encima vivía el profesor Shalk, que era el director del Seminario Románico. F. Shalk era vienés, tú sabes que el alemán de Viena es muy rápido, un alemán de golpe; yo nunca le entendía nada. Era un hombre solterón, muy buena persona pero claro, tenía manías de solterón. En uno de mis viajes a España yo le llevé un azulejo de Talavera que ponía: «*El melón y la mujer a cala y a prueba han de ser*». ¡Me daba unos abrazos!... Estaba loco de contento, y después de no sé cuantos abrazos fue a buscar un diccionario para ver qué era eso de «*cala y a prueba*».

Encima del profesor Shalk vivía el lector de italiano. Estaba casado con una alemana, era joven, estaba empeñada en que yo me aprendiera canciones alemanas, y claro, me las aprendía, pero excuso decirte cómo las cantaba... ¡Una desesperación claro!

Fue un año entero. Me acuerdo de cosas preciosas, cuando llegaba el buen tiempo, las excursiones por Renania, por el Rhin abajo, los paseos...

Santiago de Compostela es una ciudad increíble. Todo es un arte, la catedral está fuera de toda... y el Pórtico de la Gloria sobre todo. Artísticamente, quizá, es más Gelmírez, el único edificio verdaderamente extraordinario de arquitectura civil románica. Pero el conjunto de la ciudad es algo tan... ¡Es avasallador!. Esas cosas que solamente las grandes ciudades francamente europeas lo tienen: Florencia, Brujas. Pero esa masa de piedra, esas nubes colgadas, los escudos gigantescos.

Yo he conocido, que luego lo ha sacado Torrente en *La Saga Fuga de J. B.*, el episodio de la farmacéutica o farmacéutico de las Ruedas, que es de la tradición oral de Santiago. Yo no he conocido al farmacéutico pero sí a la alemana que se trajo el farmacéutico de Alemania. Fue muy amiga mía y profesora de alemán cuando tuve que recuperar alemán: Otilia Ulbricht. Vivía en la rua Nueva, en un ático para ella sola. Era una alemana de las de: «pisa fuerte» y que dice: «toh, toh» y cuando dice



«toh, toh», tiembla la casa. Se murió también. Pues tenían un loro en la farmacia, y eso lo saca Torrente. El loro se quedaba solo allí, y cuando llegaba alguien a la farmacia, el loro decía: «Hay gente, hay gente», y entonces ya salían ellos. A Otilia se lo decíamos los amigos muchas veces cuando íbamos a merendar o a algo así a su casa: «Hay gente»...

M.—Xa é tarde, deixámolo Don Alonso. E moitas gracias pola súa amabilidade, xenerosidade e por transmitírno-la súa inquietude intelectual e a súa paixón pola vida.

AZV.—Gracias a vosotros por este ratito. Esperad que voy a buscar los libros de *Compostela, años atrás* y os los dedico.